

Colli, Giorgio, *El libro de nuestra crisis*,  
Paidós, Barcelona, 1991, 139 p.

Creador y realizador, junto con M. Montinari, de la nueva edición crítica de las obras completas de Friedrich Nietzsche, Giorgio Colli es ya conocido entre nosotros por algunos libros breves o aforísticos como *El nacimiento de la filosofía* (Tusquets, 1977) y *Después de Nietzsche* (Anagrama, 1978). Tras su muerte repentina en 1979, su hijo emprendió la tarea de compilar un conjunto de textos inéditos, escritos entre 1961 y 1977. Bajo el título de *La raggione errabonda*, los mismos fueron publicados en 1982 por la casa Adelphi en Milan. *El libro de nuestra crisis* constituye una selección de esta obra póstuma, realizada por Narcís Aragay, autora de un importante trabajo sobre el pensador italiano, y presentada por Eugenio Trías.

Conjunto heterogéneo y fragmentario de reflexiones críticas sobre nuestra cultura y la historia del pensamiento occidental, este pequeño libro permite entrever el hilo de un pensamiento profundo y original, empeñado en desvelar el espacio fundamental en que se inscribe nuestra idea de razón, derivada de la experiencia griega del *Logos*, cuyo sentido y vigencia en occidente fueran casi incuestionados hasta la empresa de desenmascaramiento realizada por Nietzsche.

Los griegos y Nietzsche: he aquí los dos polos entre los que Colli sitúa el vasto drama "lógico" del que todavía hoy somos espectadores y actores. En sus orígenes griegos presofísticos el logos comportaba un esencial carácter agónico y ambivalente: registraba la tensión entre la inmediatez disolvente de la vida y la voluntad de contrarrestar esa violencia primordial por vía de la institución de identidades estables como las del "juego lógico". Este carácter del logos que aún no es *razón*, denota la matriz fundamental que lo contiene: el espacio del relato mítico. Y este espacio está dominado según Colli por el mito por excelencia, el mito de Dioniso, en su doble caracterización de "oscura violencia originaria", fuerza destructora de toda individuación estable, y de divinidad inductora de toda suerte de juegos y configuraciones de identidad en la escena trágica por donde circulan las máscaras. En esta intersección de violencia y juego sitúa Colli al logos en tensión y lucha

con ese fondo primordial al que intenta exorcizar y articular mediante el "juego lógico de la polémica interminable". El contenido específico de esta sabiduría presofística estribaba precisamente en el reconocimiento y aceptación de este ineluctable carácter agónico y polémico del logos, carácter que ella expresaba dramáticamente en su constante esgrimir "razones" con una finalidad exclusivamente crítica, negativa, "dialéctica" y que en último término iban a estrellarse contra el enigma del fondo primordial en que revelaba Dioniso su faz más oscura e inapropiable. Esta manera de concebir el logos se pierde con los sofistas en quienes ve Colli, de modo similar a como lo han visto Nietzsche y Heidegger en Platón, el punto de inflexión histórico a partir del cual el pensamiento cristaliza en la forma-filosofía. Colli entiende que el surgimiento de ésta no fue posible sino a favor de un olvido de esa dimensión hostil y destructiva del logos, apenas disimulada y tolerada bajo la mascarada del juego lógico-dialéctico. Sobre la base de tal olvido, la generación ilustrada y sofística hará del logos un instrumento apto para la lucha por el poder en el contexto de los intereses de la polis. En este momento el logos se disciplina en términos de la *argumentación* lógica o retórica, al tiempo que cristaliza por primera vez en una forma específica de escritura. Es el momento en que se pone en marcha una "falsificación radical", cuya forma cultural más lograda pasa a ser, precisamente, la que recibe el nombre de *filosofía*: el entrelazamiento de la esfera retórica con la dialéctica, aunado con la práctica de la escritura en sentido literario (los *discursos* de los sofistas y los *diálogos* de Platón). Las viscosidades primordiales del espíritu que sólo resultan captables en la experiencia directa de su inmediatez en la vida, son ahora vertidas en los causes secos de las abstracciones y de la escritura propios de la filosofía tal como la conocemos. En este trance en que el logos se reduce a cosa pública, "la interioridad se pierde". "Las abstracciones reciben su valor de la experiencia en que se basan. Pero son las abstracciones las que se transmiten entre los hombres, no las experiencias, y cada uno recibe del que lo ha precedido en la vida algunas cáscaras vacías que deberá esforzarse por llenar. Se trata de un camino innatural, que empuja en una dirección contraria a la vida" (p. 61).

Así construida como hilación argumentativa de abstracciones, la filosofía significará el fin de la sabiduría que la precedió. (El nombre "filosofía", ha señalado Colli en otra parte, no designa el deseo de una sabiduría nueva por conquistar, sino la nostalgia de la antigua *sophía* extinta, la sabiduría de los sabios ágrafos de la Grecia anterior a los sofistas).

A fines del siglo pasado le cupo a Nietzsche rememorar esa antigua sabiduría griega. Nietzsche supo, dice Colli, leer el pasado como lo hace un verdadero "artista del leer": de modo que "la palabra sea asumida como cifra, como símbolo de vida", y no como eslabón de abstracciones obligadas a encontrar puntales sólo en sí mismas, en su sola coherencia lógica. Nietzsche supo alcanzar la trama inmediata de la existencia y

encender el mundo de pasiones que la sensibilidad de cada uno percibe *simpácticamente* como propias. En el hombre moderno, en cambio, toda espontaneidad está "desteñida, exhausta. Sus instrumentos, la palabra, la acción. los pensamientos, pierden su vivacidad, su ductilidad, y se ven sustituidos por la escritura, por un actuar replegado sobre sí mismo, que no explota, que se cultiva como un sucedáneo" (p. 79). En tales condiciones, el filósofo se distancia del poeta y del científico y se convierte en un obediente profesional: "Cuando la cultura se vulgariza, los filósofos sólo pueden hacer de profesores, enseñar en grandes líneas, bajo las ordenes del Estado, doctrinas desvitalizadas y simplificadas" (p. 88). Así, "la filosofía actual - concluye enfáticamente Colli - está más muerta que ninguna otra expresión cultural" (p. 89). ¿Cabe acaso alentar alguna esperanza en la resurrección de esta antigua diosa derrotada? Colli apuesta: "Para que renazca es preciso que la fantasía universal impregne todas las cosas, las una con un espíritu dominante a través de sus diversidades esenciales y explique sus visiones con mitos metafísicos: así recreará la cultura, educará a los espíritus no finalistas a encerrarse en una sociedad separada del Estado. *Unico ejemplo moderno: 'Zarathustra'*" (p. 89).

Más allá del énfasis quizás ingenuo de esta última acotación, todo *El libro de nuestra crisis* está recorrido por la fuerza y el cometido intempestivos de un espíritu singularmente lúcido y agudo, empeñado en reflexionar sobre el presente de nuestra cultura, en un compromiso auténtico, tan refractario a disimular los fracasos de las grandes tradiciones del pensamiento occidental, como reacio a los conformismos y complacencias en que abundan ciertas críticas "postmodernas" hoy en boga.

Sergio Sánchez

Facultad de Filosofía y Humanidades - U.N.C.  
BIBLIOTECA "ELMA K. de ESTRABÓN"